

De Encuentro en la red

Tal y como prometimos en la entrega anterior de esta revista, el pasado lunes 4 de diciembre apareció nuestro diario digital *Encuentro en la red* (www.cubaencuentro.com), que desde entonces ha acudido cada día, de lunes a viernes, a la cita con los lectores. Este hecho es particularmente significativo en la coyuntura cubana, cuya condición diaspórica nos obliga a tener una redacción dislocada entre Madrid, La Habana, Miami, Sevilla, Lisboa, Barcelona, Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife.

A esto debe añadirse el tejido de nuestra red de colaboradores, que han enviado trabajos desde el interior de Cuba y también desde Viena, Buenos Aires, Nueva York, Ciudad México, Los Ángeles, Mendoza, Iowa, Nashville, Estocolmo, Boston y Nairobi, entre otras ciudades, a las que pronto se unirán Tokio y Ulán Bator.

En el mes de diciembre, único computado hasta la redacción de esta nota, *Encuentro en la red* ha sobrepasado las noventa mil visitas (91.237), provenientes de sesentaitrés países repartidos en cuatro continentes, ha acumulado más de un millón de hits (1.117.424) y ha mantenido un activo chat diario.

Ninguna de estas realidades hubiera sido posible sin cuatro factores capitales. La calidad del sistema informático implantado por Manuel Desdín, Director de Tecnología; el alto nivel de los redactores, cuyo jefe, Pablo Díaz Espí, asume a partir de ahora la Dirección Editorial; la gran profesionalidad demostrada por nuestros colaboradores; y el apoyo de un público creciente, formado a partir del núcleo de lectores de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*.

En esta entrega inauguramos una nueva sección que se titulará justamente *De encuentro en la red*, una muestra de algunos de los textos y dibujos aparecidos en el periódico digital. Dicha muestra será inevitablemente breve, pues a cada edición trimestral de la revista corresponden 75 ediciones del periódico.

De encuentro en la red servirá, no obstante, para dejar constancia impresa de la citada profesionalidad de sus periodistas, humoristas y autores de artículos de opinión, comparable, sin duda, a la de sus pares en cualquier otro lugar del mundo. Ellos han logrado algo que otorga sentido pleno a todo lo señalado hasta aquí: un lenguaje nuevo, exento de odios y de olvido, para tratar los asuntos cubanos.

EDITORIAL

Razones y propósitos

JESÚS DÍAZ

Cuba está rota. Su tejido familiar, político, económico, social y cultural ha sido fracturado hasta el extremo. Los más de diez millones de habitantes que viven en la isla carecen de libertad. Otros dos millones residen en el exilio, lo que quiere decir que uno de cada cinco cubanos no vive en su tierra y que la mayoría absoluta de las familias está quebrada. Un millón de exilados vive en el gran Miami; otro millón está disperso por el mundo, de Suecia a Angola, de España a Australia, de Estados Unidos a Rusia. Esas circunstancias trágicas han facilitado que aniden entre nosotros la incomunicación, los recelos, el odio y el miedo al futuro.

No obstante, existe también entre los cubanos un extraordinario caudal de fuerzas positivas, una voluntad de restablecer la comunicación, el amor, la democracia y la confianza en nuestra condición y nuestro mañana. Muchas señales así lo atestiguan. En la isla, los múltiples brotes de sociedad civil independientes del poder del estado; en el exilio, la vocación de no olvidar la entrañable condición de nuestro origen, el apoyo económico a quienes viven en la isla, y la voluntad de contribuir a un futuro democrático de paz y prosperidad para nuestro país.

También lo atestigua así la experiencia de nuestro equipo de trabajo. Hace poco más de cuatro años iniciamos la publicación de la revista trimestral *Encuentro de la cultura cubana*, que contra todo pronóstico, y pese a las extraordinarias dificultades descritas, se ha convertido en la publicación de referencia de nuestra cultura tanto en la isla como en el exilio. El mérito principal no es nuestro, desde luego, sino de la creatividad, la universalidad y la voluntad de existir de la cultura cubana.

Continuaremos editando la revista *Encuentro*, cuyo éxito ha hecho posible que hoy iniciemos, además, otra publicación de carácter netamente periodístico, *Encuentro en la red* (Diario independiente de asuntos cubanos). Este será el núcleo de un periódico diario que pretende contribuir a restablecer la comunicación entre nosotros en un espíritu estrictamente democrático, y convertirse con ello en un punto de información y encuentro cotidiano entre Cuba, el Miami cubano y la diáspora dispersa

por el mundo, además de servir de referencia a los muchos ciudadanos no cubanos que se interesan en nuestros asuntos.

Encuentro en la red se ocupará de política, desde luego, especialmente en las secciones *En Cuba*, *En Miami*, y en la internacional *Meridiano*. Pero no sólo de política vive el hombre. También trataremos de música en *En Clave*, de deportes en *Stadium*, de humor en *La Chistera* y en *Chistópolis*, de arte y literatura en *Espejo*, de las ciudades del mundo donde hemos ido a dar los cubanos en *Desde*, de temas diversos y opinables en *La Mirada*, de cocina en *El Caldero*, de los criterios de los lectores en *Cartas al Director*, del intercambio entre ellos en *Chat*, y del diálogo con invitados en *Punto de Encuentro*. Nos interesan tanto Paquito de Rivera como Los Van Van, «El Niño» Linares como «El Duque» Hernández, Antonio José Ponte como Eliseo Alberto, la isla como su exilio, el presente como el futuro.

Nuestra redacción tiene una pequeña base en Madrid, pero también está presente en otras varias ciudades de Cuba y del mundo y lo estará en todas aquellas donde haya alguien dispuesto a colaborar con nosotros. *Encuentro en la red* es un empeño grande y costoso, que de ninguna manera podremos afrontar solos. Necesitamos del apoyo de todos los que deseen un futuro pacífico y democrático para Cuba.

Las formas de colaborar con *Encuentro en la red* son muchas, de las que destacaremos cinco. Primera, conectarse con nosotros en www.cubaencuentro.com; segunda, pasar la voz sobre nuestra existencia a publicaciones y amigos; tercera, colaborar con alguna de nuestras secciones, cuyo formato es flexible, enviándonos artículos, cartas y noticias a enlared@encuentro.net; cuarta, anunciándose en nuestras páginas y brindándonos apoyo económico; quinta, deseándonos suerte.

EN CLAVE SEMBLANZAS

La Lupe

JOAQUÍN ORDOQUI GARCÍA, Madrid

Curioso destino el de algunos artistas cuya propia vida —y otros avatares— hace que sean más conocidos fuera de su entorno cultural que en el propio. En Cuba, pocos conocen a Antonio Machín, el mejor embajador que ha tenido la música cubana en España. Pero al menos este magnífico boquerista recibió en su país de adopción el reconocimiento que no pudo gozar en el de su nacimiento.

La Lupe tuvo menos suerte y su vida fue, para decirlo con palabras claras, trágica. Nació en el popular barrio de San Pedrito, en Santiago de Cuba, bajo el nombre de Guadalupe Victoria Yolí Raymond, al parecer (porque con esta mujer no hay casi nada cierto) el 23 de diciembre de 1939.

Aunque comenzó su carrera como cantante en Santiago, su mejor época cubana transcurre durante la década de los 50, en el *night club* La Red. Es interesante hacer notar que a partir de esa década y hasta muy entrados los años 80 fue tradición en

Cuba la presencia de grandes intérpretes en determinados locales (cabarets, *night clubs* y restaurantes), que permitían una relación excepcionalmente íntima entre los artistas y el público: Monseigneur con Bola de Nieve; El Gato Tuerto con Miriam Acevedo o César Portillo de la Luz (en épocas diferentes); el Alí-Bar, con Benny Moré; Sherezada con José Antonio Méndez y Cesar Portillo... De esa época datan sus primeras grabaciones, que realizó acompañada por las orquestas de Felipe Dulzaides y Eddy Gaytán.

Sin embargo, todo parece indicar que en el caso de La Lupe fue una gloria efímera y probablemente reservada a algunas élites de nuestra cultura popular. Se trataba de una especie de genio desequilibrado, que lo mismo aporreaba al pianista acompañante, que soltaba una histérica carcajada o llegaba tarde a sus presentaciones. Según se dice, su vida personal era también turbulenta y en Cuba, ya se sabe, los hombres promiscuos gozan de una simpatía generalizada, mientras que cualquier actitud poco convencional por parte de las mujeres genera el más estruendoso rechazo. Las palabras escritas por Diego A. Manrique, español especializado en música cubana, definen muy bien lo ocurrido: «Su explosivo talento facilitó una aparición en la televisión que tuvo la virtud de asustar tanto a la burguesía cubana como a la dirigencia revolucionaria». Sin comentarios.

Probablemente por las mismas razones, cuando La Lupe llega a México, en 1962, no sólo no encuentra la tradicional acogida que ha brindado este país a los artistas cubanos, sino que, en muchos casos, se enfrenta a una abierta hostilidad. Poco tiempo después, y de la mano de Mongo Santamaría, llega a New York, ciudad que propicia sus mejores momentos. Evidentemente, los grandes músicos latinos (de alguna forma hay que llamarlos) que se congregaban en ese gran laboratorio artístico que fue el New York de los años 60 y 70 percibieron las excepcionales dotes de esta *out-sider* que, como Benny Moré, Bola de Nieve o Josephine Baker, fue mucho más que una magnífica cantante. Porque La Lupe cantó todo lo que se puedan imaginar y mucho más: desde *Yesterday*, de Lennon-McCartney, hasta *Crazy Love*, de Paul Anka, pasando por múltiples merengues, bugalús, joropos y por sus propias composiciones, que son muy interesantes. Y todo lo que pasaba por su talento se convertía en La Lupe, independientemente de lo que fuera en sus orígenes. Sus improvisaciones —que introducía con absoluta libertad— son memorables. Gritaba, gemía, reía, hablaba con voz acariciadora o con fiereza, pero siempre dotando a cuanto interpretaba de una fuerza y una honestidad excepcionales. Cuando cantaba en inglés, improvisaba en ambos idiomas, pero de forma tal que su inglés parecía el típico de los barrios populares de Santiago de Cuba, donde nunca se habló. Escucharla es sentir a un ser desnudo, desesperado, que pretende transmitirnos desafortadamente un universo de sensaciones y estados de ánimos en estado puro: La Yiyiyi, como ella misma se denominaba.

Murió en New York, el 28 de febrero de 1992, cuando recién comenzaba su revalorización. Es muy difícil seleccionar sus grabaciones más interesantes, pero no es una osadía afirmar que donde logra su más estremecedora plenitud es como bolerista, como muy bien percibiera Almodóvar.

Escuchando lo que fue, es lógico preguntarse qué hubiera podido llegar a ser con más comprensión y mejor suerte. O tal vez no... Tal vez su incomparable estilo necesitaba la tragedia para nutrirse.

Un antiguo cuento chino —que alimentó la infancia de varias generaciones de cubanos por medio de *Oros viejos*, fabulosa antología escolar de Herminio Almen-dros— cuenta que un gran alfarero se incineró con su obra maestra, un jarrón, para así dotar de vida las imágenes en él representadas. Esta leyenda parece una parábola de la vida y la obra de La Lupe.

LA CHISTERA
LA COLUMNA DE RAMÓN

Carta al indio Hatuey

RAMÓN FERNÁNDEZ LARREA, Barcelona

Querido Indio Hatuey:

La última vez que te vi fue en el aeropuerto, de perfil, y se te veía la pluma. Creo que tu historia habría cambiado mucho si los españoles que te tocaron hubieran sido menos fogosos. Pienso que, si en vez de querer, a la cañona, obligarte a ir al cielo, te hubieran invitado a su país, a su casa, a conocer a su familia, se hubieran evitado muchas ardentías. Y a ti qué más te daba pasarte un tiempo en la Coruña. Por otra parte, todavía no entiendo aquel afán de hacerte cruzar las nubes, si ellos no eran de la NASA. Ahora las agencias de viaje, te enseñan al menos un par de fotos del destino turístico, que no es lo mismo ir a un lugar, aunque sea al mismo cielo, sin saber si hay agua caliente y fría, o si el desayuno está incluido en la media pensión.

Tampoco entiendo la obsesión española del cielo contigo, y allí no pueden inver-tir. Y entonces pasó lo que pasó, y te metiste en candela. Creo que inauguraste una costumbre bastante peligrosa: te quieren mandar pa un lado y tú dices que no, y te pones a hacer preguntas, que si patatín, que si patatán, que quiénes van, que por qué fulano no hace lo mismo. Eso es estar envuelto en llamas al seguro. Después de lo tuyo, ha habido un montón que le pasó lo mismo. Tú quedaste medio crudo com-parado con otros casos. Hasta un general, que incineraron porque se metió en cami-sa de once balas. Y eso que a tu caso no se le dio mucha publicidad, porque eran tres o cuatro, y a lo mejor fue a una hora de poca audiencia.

Ya después vino lo de la cerveza, y la gente empezó a respetarte menos. Porque en la isla, lo peor que te puede pasar es que te tiren a mondongo. Empieza la burlita y de eso no se sale así como así. O le importas tres pitos a la gente, y entonces te tienes que comer un tren caminando para volver a los muñequitos. Que lo del caso tuyo te digo fue con gente bruta, que decidieron quemar por lo sano, pues todavía no se había inventado el plan payama. El plan payama es lo mismo, pero a fuego lento.

Lo único que quedó de tu gente, aparte del Conjunto Caney y el Indio Naborí, fue la pelota y el tabaco, porque hasta el casabe empezó a perderse también. Fíjate que es de que «entre pan y pan, casabe» suena a chiste. Ah, y también dos o tres fra-secitas sueltas, como eso de «darle jan», que quiere decir «entrarle virilmente a mujer

o cosa»; «vivir en el país de la siguaraya», o «andar en el guabineo». Pero la cabuya no alcanza para el curricán. A pesar de que el behique de ahora quiere ponerlo casi todo en tu idioma: que si areíto, que si cubanacán, que si habanautos. Y hasta una palabrita bastante costosa, por cierto: cohiba, que significa, más o menos: «conuco para cayucos donde no pueden entrar los de la tribu». Ahora todo lo bueno viene en la lengua de ustedes. Y la gente se pregunta por qué el Siboney o el Guayabo Blanco no se declaran Segunda Lengua Oficial.

Y al final, alégrate, porque lo tuyo fue rápido, que hay otras maneras de asarse, más modernas e incómodas, como estar ocho horas bajo el otro indio, escuchando el cuento del behique del que te hablaba. Ese también está quemado, pero de otra manera. Es más un tueste natural, que tiene que ver directamente con lo cerebral y no con la parrilla. Porque el idioma ha cambiado mucho, y tiene su vueltabajo y su vueltarriba, como el tabaco. En esto del lenguaje moderno a ti te quemaron, que es distinto y diferente. De modo que tú eres un quemado, y el que te cuento está quemado. Como una hornilla, vaya.

También no fue tan malo que tu gente no se superara mucho y llegara a las Altas Culturas. La vida siboney era tan reposada que hasta Ernesto Lecuona la envidiaba un poquito. No es tan malo ser recolector, eso lleva su paseo bucólico por el campo con una india tal vez, y se convierte hasta en un juego: «Mira un mango», «Mira aquella guanábana», «Mira cuántas guayabas». Y las jutías revoloteaban entre las papayas. Y los almiquies no se habían mudado todavía para Baracoa. Claro que también tenía su inconveniente, sobre todo cuando se iba a recolectar con indios de otra brigada. Porque si en el mismo team caían indios de occidente e indios de oriente no se sabía muy bien si se iba a buscar papayas o frutas bombas. Y lo que a lo mejor era un zapote, resultaba un mamey. Pero era lindo después de todo. Y sin guía de campo, ni jefe de lote. Después la cosa cambió un poco, porque a las jutías les cortaron las alas, y donde había guanábanas sembraron caña. Que es una cosa verde que no se recoge así de jamón.

Y te decía lo de las Altas culturas y haberse quedado sólo en Siboney o Taíno, porque ya lo otro tenía más atractivo. Lo otro llevaba pirámides y templos del sol y muchas haches intermedias en los nombres, y hubieran caído más extranjeros a quemar gente, europeos de otras marcas a confundir con sus idiomas. Estos que te hicieron la fogata a ti, construyeron un par de cosas como la Catedral y el Centro Vasco y se marcharon. Aunque parece que están regresando a recoger zetas. Eso de las Altas Culturas me costó a mí una expulsión del aula, porque se me ocurrió mencionar que eran los Incas, los Aztecas, los Mayas y los Indios de Cleveland. Me rebotaron contra las mallas, que no eran indígenas.

Después de ti aparecieron otros indios famosos, como Guamá, Caupolicán, Rock Hudson en una película, Caballo Loco, Toro Sentado, Gerónimo y Carlos Gilí un tiempo a las siete y media de la noche. Ah, y también Túpac Amaru, al que los gallegos cogieron y como parece que no tenían fósforos no lo quemaron, sino que lo amarraron a unos caballos y lo desguabinaron como a un muñeco de los Camejo cuando quisieron acabar con el Guiñol de la Habana. Al Túpac le amarraron un caballo a cada brazo y un caballo a cada pierna, y gritaron ¡soooj o ¡arreeeej y se lo arrancaron todo. Pero él era fuerte y aguantó buen rato hasta que los animales le quitaron los

pedazos. Porque eso de que te arranque algo un caballo es tremendo. Y eran cuatro caballos. A mí uno solo me quitó la casa del Vedado del primer relincho.

Y no te doy más tabarra para que no te acalores demasiado, que tal parece que estoy echando leña al fogón. Otro día hablamos de la Luz de Yara y todo eso. Sólo decirte que te llevo cantidad, mi hermanito. Que lo de indio no se nos quita tan fácil.

Y no le des cráneo a lo del aeropuerto, que tú estabas trabajando en otra área.

Y que Mabuya nos coja confesados.

Ramón

LA CHISTERA

VARELA



MERIDIANO

¿Nueva alianza Moscú-La Habana?

MIGUEL RIVERO, Lisboa

La visita que acaba de realizar a Cuba el Presidente de la Federación Rusa, Vladimir Putin, tiene como trasfondo los intereses geopolíticos de Moscú, que en gran medida coinciden con los del Gobierno de La Habana, como si se tratara de revivir los viejos tiempos, cuando existía la Unión Soviética. La experiencia de más de treinta años siguiendo los asuntos internacionales muestra que cuando los políticos ponen mucho énfasis en negar intenciones es, precisamente, porque ese es su objetivo real.

Durante la conferencia de prensa que Putin y el presidente cubano Fidel Castro ofrecieron en La Habana, el pasado 15 de diciembre, una corresponsal extranjera preguntó acerca de una posible alianza «contra ese país que ustedes dos califican como

un poder monopolista, Estados Unidos». El presidente ruso respondió: «Lamento mucho que usted haya mirado en una dirección equivocada. No tenemos ninguna alianza dirigida contra ningún tercer país, ni tampoco contra Estados Unidos».

Ya el pasado 8 de diciembre, una fuente diplomática del Kremlin indicó al diario *The Moscow Times* que la visita de Putin a Cuba «no tiene nada de particular y no está dirigida contra Estados Unidos». Sólo que los hechos son tozudos y se encargan de demostrar lo contrario. Moscú se apresta a fomentar «un nivel razonable de sentimientos anti occidentales, ya que es un precio barato a pagar por la consolidación nacional», según un comentario del diario *The Moscow Times* del pasado 14 de diciembre, cuando ya Putin estaba en La Habana. Ese mismo comentario recordaba que Josef Stalin había comprendido que «una mentalidad de estado de sitio hace que el pueblo ruso trabaje más duro y obedezca mejor».

Habría que agregar que Fidel Castro debe ser un alumno ejemplar de Stalin, pues precisamente esa es la técnica que utiliza desde hace más de 40 años, para permanecer en el poder a todo coste. Evidentemente, la visita de Putin a Cuba se inscribe en toda una estrategia del Kremlin para explotar los sentimientos de frustración de los rusos, en momentos en los cuales los altos mandos militares, antiguos oficiales de la KGB (Putin es uno de ellos) y de la industria de defensa, se perfilan como los arquitectos de una política dirigida a exacerbar la xenofobia, el nacionalismo y los peligros para Rusia de enemigos del exterior.

La Habana se llena de regocijo ante los nuevos vientos que soplan en el Kremlin, incluso ahora con los acordes del antiguo himno de la Unión Soviética. El pasado 31 de octubre, el vicepresidente de Cuba y ministro de Defensa, Raúl Castro, declaró que Putin «se ha movido por el mundo entero, revitalizando el papel que jugó la antigua Unión Soviética».

Antes de viajar a La Habana, Putin estuvo en China y en Corea del Norte, recibió al ministro de Asuntos Exteriores de Irak, Mohamed Said Al-Sahaf, y fuentes diplomáticas del Kremlin confirmaron que planea un viaje a Libia. Como se puede apreciar fácilmente, son precisamente gobiernos que mantienen discrepancias y contradicciones con Washington, lo que no resulta nada casual. Pero, existen otros hechos que muestran que «los halcones» del complejo militar industrial de Rusia tienen su propia agenda, para revivir la Guerra Fría:

1. Bombarderos rusos TU-95 (denominados «Osos» en la jerga militar) comenzaron a realizar ejercicios en el estrecho de Behring y el ministerio de Defensa admitió que podrían producirse vuelos en dirección a Estados Unidos, como en los tiempos de la Guerra Fría (diario *Gazeta de Moscú*, 11 de diciembre).
2. La fuerza aérea de Rusia recibió órdenes de realizar ejercicios para simular un ataque contra el portaaviones norteamericano Kitty Hawk, en el Mar de Japón. Se realizarán entrenamientos como parte de los preparativos «para una posible guerra a gran escala» (*The Moscow Times*, 14 de diciembre).
3. Ha sido nuevamente iniciada la venta de armas rusas a Irán, lo que posiblemente «puede desencadenar sanciones de Estados Unidos contra Rusia» (*The Moscow Times*, 15 de diciembre).

Estos son algunos elementos que muestran que la visita de Putin a La Habana y específicamente al Centro de Operaciones Electrónicas (para realizar espionaje contra

Estados Unidos) forma parte de un plan estratégico, una especie de advertencia dirigida a la nueva administración del Presidente George W. Bush.

Tanto los gobiernos de La Habana como de Moscú observan con cierta preocupación que Colin Powell ya fue nombrado nuevo secretario de Estado y Condoleezza Rice como asesora de la administración Bush para asuntos de seguridad nacional. En sus primeras declaraciones, ambos reafirmaron el propósito de llevar adelante el Plan de Defensa Anti Misiles, con el que se intenta proteger de un ataque nuclear a todo el territorio estadounidense. Reconocieron que serían «duras» las negociaciones con otros países (incluso aliados) y, especialmente, lo serán con Rusia y China. «Si Estados Unidos sigue adelante con sus planes, China no podrá quedarse sentada con los brazos cruzados. Esa situación podrá empujar a una alianza con Rusia para defender nuestros intereses comunes», había advertido el director del Departamento chino para el Control de Armamento, Sha Zukang, el pasado 16 de julio.

El sueño dorado de Fidel Castro sería que esta alianza entre Rusia y China se pueda concretar, porque de esta forma sus «eventuales servicios» en el patio trasero de Estados Unidos no sólo serían del interés de Moscú, sino también de Pekín. Para Fidel Castro, esto no sería nada nuevo en su carrera: es un verdadero experto en el papel de agitador de los países No Alineados contra la hegemonía de Estados Unidos.

Por otro lado, si las fuerzas armadas cubanas reciben de Rusia los repuestos y suministros que necesitan, estarían mejor preparadas para el juego de exacerbar las tensiones con Washington, si ello responde a los intereses de Moscú. Precisamente, si algo quedó en el más absoluto «secreto» (como en los viejos tiempos de la Unión Soviética) fueron los compromisos o acuerdos alcanzados en el plano militar durante esta visita de Putin, porque el anuncio de los otros acuerdos que fueron firmados parecen más bien una buena «cortina de humo».

La nota que publicó *Granma*, el pasado 16 de diciembre, acerca del encuentro entre el General de Ejército Raúl Castro, ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, y el Mariscal Igor Dmitrievich Sergueiev, titular de Defensa de la Federación de Rusia, es tan enigmática como en los viejos tiempos. «Al término de las conversaciones fue firmado el plan de colaboración técnico militar por ambos ministros y que da seguimiento a la colaboración que tradicionalmente se ha desarrollado entre ambos cuerpos militares».

Si tomamos al pie de la letra el término «tradicionalmente», ¿significa que Rusia suministrará armamentos a Cuba de forma gratuita, como hacía la Unión Soviética? Resulta dudoso, pero seguramente la «colaboración» será más o menos intensa en la medida en que Moscú trate de defender sus intereses en las duras negociaciones que se vislumbran ya con la administración norteamericana acerca del Plan de Defensa Anti Misiles.

No sería la primera vez que Moscú utiliza a La Habana en sus juegos políticos con Washington. En realidad, en el pasado, hasta cuando algunos gobiernos latinoamericanos querían llamar la atención, o lograr algunos beneficios de la política norteamericana, les bastaba «coquetear» un poco con Fidel Castro.

Ya el pasado 13 de diciembre, el diario *The Wall Street Journal* advertía que la estrategia de Putin tiene dos objetivos: restaurar la influencia de Rusia en sus esferas tradicionales, e incrementar su capacidad para oponerse a Washington, cuando no esté contento con su política.

«Quizá, el deseo más irreal para algunos rusos sea el de recuperar el estatuto de superpotencia, porque la economía es demasiado débil», según un comentario del pasado 15 de diciembre, publicado en *The Moscow Times*.

Los altos precios del petróleo pueden hacer que el Producto Interno Bruto de Rusia crezca 7,3 por ciento en el 2000. Sin embargo, un estudio realizado por expertos de energía señala que Rusia necesita de unos 80.000 millones de dólares para renovar los equipos de extracción de petróleo y los oleoductos porque, caso contrario, la producción y la capacidad de exportación comenzarán a disminuir drásticamente.

En otro sector clave, como la electricidad, se calcula que se necesitan inversiones por unos 70.000 millones de dólares en los próximos siete años, ya que las plantas generadoras resultan obsoletas y se incrementan los cortes de energía por todo el país, particularmente durante el invierno. La reforma fiscal, considerada como «el mayor logro de la presidencia de Putin», aún no ha rendido los beneficios que se esperaban, porque la mayoría de las empresas no han pagado los impuestos.

Ante esta situación, el ministerio ruso de Finanzas se propone solicitar un nuevo préstamo de 1.200 millones de dólares al Fondo Monetario Internacional (FMI) y 900 millones al Banco Mundial. Evidentemente, Rusia se ha convertido en un gigante que aún conserva cierto poderío militar, pero con pies de barro en lo que se refiere a la economía. ¿Hasta qué punto Fidel Castro se podrá beneficiar a largo plazo de esta visita de Putin a La Habana?

En gran medida, todo dependerá de la prueba de fuerza y de las negociaciones que tendrán como epicentros, en los meses próximos, a Washington, Moscú y Pekín. En estos juegos geopolíticos, peones como La Habana, Teherán, Bagdad, Pyongyang o Trípoli, pueden ser movidos o sacrificados, según la conveniencia del Kremlin.

MERIDIANO

San Nicolás Romanov

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ, Canarias

En una decisión quizás no tan sorprendente como a simple vista parece, aunque sí osada y desafiante, que ha escindido en dos bandos antagónicos a la población del país más extenso del planeta, la Iglesia Ortodoxa Rusa ha canonizado a Nicolás II. De acuerdo con lo publicado sobre el tema, la jerarquía ortodoxa no tomó en cuenta, para incorporar a los iconostasios la efigie del último zar, la ejecutoria, como gobernante, de este autócrata que rigió los destinos del imperio ruso desde 1894 hasta 1917. Únicamente reparó en la resignación cristiana con que, derrocado y bajo vigilancia, encaró el calvario y el horrible final a que sus victoriosos enemigos los bolcheviques lo sometieron junto a su mujer, sus cuatro jóvenes hijas y su hijo de catorce años.

El asesinato de la familia Romanov, ejecutado en secreto por agentes de la Cheka (policía política bolchevique, sustituta de la Ojrana zarista) en un sótano de una

remota ciudad de los Urales, Ekaterinburg, fue ordenado por Lenin para no «dejar a los blancos una bandera viviente que seguir» (palabras de Sverdlov, jefe de la Cheka, reveladas por León Trotsky, quien en sus memorias aprueba la matanza arguyendo que «tal decisión no sólo era conveniente, sino necesaria para demostrar que no había vuelta atrás»). Pero ochenta años después, roto el velo de misterio afanosamente echado sobre este crimen por sus acobardados autores, el martirologio de aquella familia —que en el momento de ser masacrada no era más que una pobre familia desprotegida en medio de un sangriento vendaval de extremismos políticos y odios de clase— ha sido utilizado para sustentar una acción tan fanática como la de la Iglesia Ortodoxa Rusa al hacer santo a un gobernante absolutista que en los veinte y tres años de su reinado sólo dio muestras de ineptitud, de sumisión a las influencias más retrógradas de su entorno y, lo que es peor, de desprecio por la vida y las necesidades básicas de sus millones de menesterosos súbditos, a los cuales impuso sacrificios inmensos e inútiles en aras de sus medievalescas y nada santas ambiciones terrenales.

¿Para ser declarado santo es suficiente haber mantenido una actitud resignada ante la adversidad y la muerte? Si es así, ¿por qué la Iglesia Ortodoxa Rusa no canoniza, pongamos por caso, a los reos confesos que se han enfrentado con entereza al verdugo, o a quienes han soportado con estoicismo una enfermedad larga y cruel? De no haber sido zar y de no haber perecido a manos de los comunistas, ¿la Iglesia Ortodoxa habría canonizado a Nicolás Romanov? Supongo que no: ésta, dígame lo que se diga, es una santificación política.

Es incongruente elevar a los altares a quien no puede ser presentado como paradigma de virtudes. Además de haber sido un monarca profundamente reaccionario, devoto del rancio absolutismo de su padre (el cerril Alejandro III), de ser antisemita y consentir los progromos contra los judíos, de haber gobernado más con la policía secreta que con el consejo de ministros y de haber mantenido, por todo esto y mucho más, a su vasto imperio a la zaga de la Europa desarrollada, Nicolás II, movido por anacrónicos y mezquinos apetitos territoriales, lanzó a Rusia a dos guerras devastadoras que costaron millones de muertos y espantosos sufrimientos a la población más humilde y hundieron a la nación en el caos que lo devoró a él mismo con su familia y su dinastía.

Francamente, si yo practicara la religión ortodoxa y me arrodillase, cirio en mano, ante un icono de San Nicolás Romanov, no sabría qué pedirle, salvo el milagro de que me hiciese creer en su santidad. Y rogaría por su alma de nefasto pecador.

STADIUM

Olofi, o el nueve contra nueve

PABLO DÍAZ ESPÍ

A diferencia de un partido de baloncesto (donde bastaría un aro clavado a un poste de electricidad) o de uno de fútbol, donde cualquier objeto medianamente



redondo y blando (desde un globo hasta un coco) sería suficiente, organizar un partido de béisbol es algo mucho más complicado. Entre otras razones, creo que es a ésta a la que se debe el hecho de que en Cuba se hayan desarrollado mil variantes simplificadas del juego.

Por ejemplo existe La Carabina, para la que bastarían dos jugadores; un lanzador y un bateador. Se dibuja un cuadrado en cualquier pared y así se delimita la zona de *strike*. En La Carabina un *strike* es equivalente a un *out* y un *hit* a una carrera, un doble a dos y un *home run* a cuatro. Cada uno de estos batazos se considerará válido si la pelota pasa ciertos límites (acera, muro, árbol, mojón) acordados con anterioridad. Como por lo general se juega en plena calle y la pérdida de la pelota o del objeto que haga función de ésta sería irreparable, es común que La Carabina se juegue «al duro»; es decir, lanzando a toda velocidad, para que al bateador le sea bien difícil conectar. Debido a esto, y a que por lo general el bate no es un bate verdadero, sino un trozo de madera o un palo de esco-

ba, La Carabina es un juego ideal para desarrollar tanto el control del lanzador como el tacto del bateador. No es raro un partido de Carabina que después de un par de horas se mantenga cero a cero.

Otro juego es el Cuatro Esquinas, que, como su nombre indica, toma lugar en el tronque de dos calles. En esta variante no existe el lanzador. El bateador golpea la pelota con su propia mano, siempre de roletazo o de línea por debajo de la cintura. La ausencia total de *outfield*, unida al hecho de que el *infield* cubra a escasos pasos del *home* y capture a mano limpia, hace de esta variante un juego en donde el éxito de un equipo (cuatro personas) depende casi exclusivamente de sus cualidades defensivas. Ni siquiera la velocidad del equipo a la ofensiva juega un papel, pues lo máximo que se permite es «caminar» entre las bases, al estilo Marcha Olímpica. No hay nada mejor que el Cuatro Esquinas para desarrollar los reflejos de los jugadores del *infield*.

Dos personas también pueden jugar a La Pared. Una tira la pelota contra un muro y la otra debe cogerla de rebote; si la pifia es una carrera en su contra. Este juego se

desarrolla a una velocidad vertiginosa, por lo que tres *outs* pueden lograrse en cuestiones de segundos y así mismo cambiar los jugadores de la ofensiva a la defensiva.

Los niños, cuando son un trío, suelen jugar al Correíto. Dos de ellos se instalan junto a dos bases y se pasan la pelota mientras el tercero, en el centro, intenta llegar *safe* a una de estas bases; un ejercicio ideal para practicar el «cogido entre dos» o *run down*.

Incluso el casi salvaje juego del Quemado reporta alguna experiencia beisbolística a los participantes. El juego, para el que se necesitan cinco o seis niños y una pelota, consiste en tirarse esta última violentamente, con el fin de golpear y hacerle daño a otro. Acostumbrándose a este juego brutal, el «quemado», o quien recibe el pelotazo, no le temerá en el futuro al lanzador que en un terreno de béisbol lo amenace con una recta «a los codos». Por otra parte, el que «quema» o lanza la pelota para herir a un compañero de juego, ejercitará su brazo y la precisión del tiro para poner *out* a algún hipotético corredor.

Todos estos inventos o variantes, como dije al principio, se deben a la falta de infraestructura en un entorno subdesarrollado para jugar al béisbol. Disponer de un campo, de bates, pelotas, guantes, y conseguir dos novenas, es algo muy difícil sobre todo si no se está organizado en ligas o clubes independientes, algo que el actual estado socialista cubano no fomentaría por el miedo a sembrar un retoño de sociedad civil que horade su absoluto control. Por tanto, el béisbol de nueve contra nueve (salvo en escuelas deportivas o competiciones de alto rendimiento) es algo casi inexistente en la Cuba de hoy. Es verdad que mantener y crear terrenos o resolver el equipamiento para el juego es algo caro, pero también es cierto que el estado cubano ha apostado casi exclusivamente por el deporte de alto rendimiento.

En el primer mundo, niños y adolescentes llegan al conocimiento del juego por un camino completamente distinto. Aprenden con instructores, jaulas de bateo, máquinas de lanzar pelotas, ropa y equipamiento de marca, terrenos envidiables, topes dominicales, vídeos y juegos computarizados.

En Cuba y en muchas áreas de Centroamérica y el Caribe, a falta de todo esto y como espoleados por un instinto animal, a través de juegos como La Carabina, el Cuatro Esquinas, La Pared y otros tantos sinónimos de estos divertimentos de barrio, es como si los niños hubieran partido el juego en trocitos asequibles, lo hubieran fracturado en pequeños detalles abarcables y alcanzado así «el conjunto» del conocimiento.

Por vías diferentes, el resultado final es casi idéntico al del primer mundo. Si cogiéramos a cualquier niño cubano acostumbrado a jugar en el barrio y lo pusiéramos ahora mismo en medio de un terreno, sabría cómo robarse una base, jugar para *doble play*, batear hacia la banda contraria y tirar al cortador.

Se me ocurre que en Cuba, el béisbol de nueve contra nueve se parece a Olofi, la gran deidad del panteón yorubá. Olofi es Dios, es omnipresente y por tanto se sobreentiende que participa en cada festejo o acto de la vida cotidiana. Elleguá tiene su carácter juguetón, Changó su hacha y sus cuencas rojiblancas, Oggún sus metales, Orula su tablero, Yemayá sus bailes y Ochún su miel. Cada santo de ese panteón tiene sus costumbres, comidas y ritmos. Olofi, en cambio, aparentemente no tiene nada. Nadie es «hijo» de Olofi ni se le rinde culto directo en ninguna celebración. Nadie puede «acceder» a Él y, sin embargo, un considerable por ciento de la población practica la religión que Él, soberano, preside.

Calentando el brazo

ALBERTO ÁGUILA, Miami

Seleccionar es siempre una provocación a las divergencias de pensamiento. En el deporte, si todavía se trata de un torneo corto o un campeonato donde coinciden todos los atletas en igualdad de condiciones, la tarea puede resultar menos engorrosa y cuestionable. Pero si lo que se pretende es una selección de todos los tiempos, entonces no hay remedio: prepárese para recibir una avalancha de cuestionamientos e incluso improperios.

De todas formas he aceptado el reto. Desde comienzos de 1999 me di a la labor de acopiar datos y testimonios de expertos para realizar una selección de los mejores peloteros cubanos del siglo XX, tanto entre los del béisbol amateur como los de Grandes Ligas.

La búsqueda incluyó la revisión exhaustiva de estadísticas y opiniones en las páginas de publicaciones de la etapa republicana como las revistas *Bohemia* y *Carteles*, donde escribían los legendarios Eladio Secades y Jess Losada, y los diarios *Excelsior* y *El Mundo*, cuyas secciones deportivas estaban a cargo de Pedro Martínez Bauzá y Sergio Varona, respectivamente.

Además, de enero a julio del presente año sostuve numerosos encuentros con la mayoría de los comentaristas deportivos que día tras día siguen los acontecimientos de las series nacionales de béisbol en la isla, y luego con varios periodistas deportivos radicados en Miami.

Con todas esos juicios recogidos y las opiniones de un grupo de selectos fanáticos del béisbol de Grandes Ligas durante largos años, elaboré una lista de 100 peloteros que podrían considerarse los mejores de todos los tiempos en escenarios dentro y fuera de Cuba.

La selección no se apoyó estrictamente en datos estadísticos, que a veces no reflejan la verdadera realidad. Por ejemplo, no es lo mismo pegar 30 jonrones con bate de aluminio que con bate de madera, ni es igual dominar a los bateadores rivales con una pelota «viva» que depender de una bola «fofa». Tampoco es lo mismo haber jugado con guantes sin trabillas —como era a principios de siglo— que con los jabucos de ahora, capaces de recoger hasta lo imposible.

Para complicar el asunto, se suma el hecho de que la mayor parte de los peloteros cubanos —al menos antes de 1959— lograron excelentes resultados en las ligas de otros países, de día o noche, con frío o calor, y muchos de estos resultados son aún desconocidos.

Un aspecto básico que maneja esta alineación de la centuria es el tiempo que el pelotero se mantuvo como estrella. Como excepción aparece uno sólo con siete años de actuación, el estelar José Antonio Huelga, un lanzador con facultades extraordinarias, comparables a las de un Martín Dihigo. (Pero no hay que olvidar que Sandy Koufat, el memorable zurdo de los Dodgers, logró sus impresionantes éxitos en sólo siete campañas de Grandes Ligas).

De todas formas, aquí está la relación —en orden cronológico y sin ninguna prioridad para los seleccionados. Me gustaría saber lo que usted opina y tal vez podamos hacer otra mejor selección. Esta es la de Encuentro en la red:

RECEPTORES: Gervasio González, Miguel Ángel González, Fermín Guerra, Joaquín Azcúe, Paulino Casanova, Ricardo Lazo, Lázaro Pérez, Juan Castro y Alberto Martínez.

PRIMERAS BASES: Regino Otero, Julio Bécquer, Agustín Marquetti, Antonio Muñoz, Rafael Palmeiro y Orestes Kindelán.

SEGUNDAS BASES: Bienvenido Jiménez, Cookie Rojas, Tony Taylor, Tito Fuentes, Heberto Blanco, Felix Isasi, Alfonso Urquiola, Rey Vicente Anglada y Antonio Pacheco.

TERCERAS BASES: Hector Rodríguez, Atanasio (Tany) Pérez, Gilberto Torres, Pedro José Rodríguez y Omar Linares.

CAMPO CORTO: Pelayo Chacón, Silvio García, Willie Miranda, Zoilo Versalles, Berto Campanería, Leonardo Cárdenas, Alfredo Cabrera, Humberto Fernández, Germán Mesa, Reynaldo Ordoñez y Eduardo Paret.

JARDINEROS: Armando Marsans, Cristóbal Torriente, Alejandro Oms, Alejandro Crespo, Orestes Miñoso, Román Mejías, Julián Castillo, Rafael Almeida, Jacinto Calvo, Ángel Aragón, Merito Acosta, Roberto Estalella, Pedro Formental, Pedro Pagés, Tony «El Haitiano» González, José Cardenal, Tony Oliva, Miguel Cuevas, Armando Capiró, Wilfredo Sánchez, Luis Giraldo Casanova, Fernando Sánchez, Lourdes Gurriel, Víctor Mesa y José Canseco.

LANZADORES: José de la Caridad Méndez, Adolfo Luque, Bombín Pedrozo, Martín Dihigo, Conrado Marrero, Sandalio Consuegra, Emilio Palmero, José Acosta, Carlos Royer, Lázaro Salazar, Tomás de la Cruz, Ramón Bragaña, Adrián Zabala, Marcelino López, Diego Seguí, Camilo Pascual, Orlando Peña, Mike Fornielles, Witto Alomá, Luis Tiant Jr., Mike Cuéllar, Pedro Ramos, Manuel Hurtado, Santiago Mederos, José Antonio Huelga, Rigoberto Betancourt, Roberto Valdés, Braudilio Vinent, Rogelio García, Omar Carrero, Jorge Luis Valdés, Lázaro Valle, Orlando «El Duque» Hernández, Rolando Arrojo y Liván Hernández.

ESPEJO

ENTREVISTA

ENTREVISTA A ISABEL HOLGADO

Un mito insostenible

CARLOS ESPINOSA DOMÍNGUEZ, Miami

El llamado Período Especial ha generado una abundante cantidad de páginas, aunque hasta ahora muchos de esos textos se habían limitado al periodismo y a la literatura de creación. Se echaban en falta estudios realizados desde presupuestos más científicos, que fueran más allá del registro de los detalles costumbristas y el anecdotario de la vida cotidiana en Cuba. Isabel Holgado Fernández, una joven española graduada de Antropología por la Universidad de Barcelona, emprendió un acercamiento a la realidad actual de la isla. Su esfuerzo ha cristalizado en el

libro *¡No es fácil!* (Icaria, Barcelona, 2000), que circula ya desde hace algunas semanas. La autora pasó este verano por Miami, ocasión que aprovechamos para entrevistarla.

Pregunta. Lo primero es: ¿cuáles son los propósitos que persigues con tu libro?

Respuesta. Mi libro tiene dos objetivos: por un lado, plasmar el impacto de la crisis en los diferentes estratos del sistema cubano, en el cual las mujeres juegan un papel protagonista; y por otro, comprender los mecanismos culturales discriminatorios que han impedido una reversión de los códigos que rigen las relaciones entre hombres y mujeres, algo que la revolución no ha situado como una prioridad.

Has dicho que el azar y el asombro fueron tus compañeros inseparables en este viaje a la sociedad cubana. ¿Por qué?

El azar porque hizo que unas rutinarias vacaciones de verano me llevaran a Cuba y que yo debiera finalizar mi carrera universitaria con un trabajo sobre la participación femenina en la sociedad. El asombro porque me encontré con una Cuba que yo no me esperaba.

Eso suena a que tenías una imagen preconcebida de esa realidad.

Aunque por mi edad no pude vivir el entusiasmo de la izquierda tras el triunfo de la revolución, mis orígenes y mi posición ante la vida me hicieron incluir, desde muy joven, el proyecto cubano en mis ensoñaciones. En mis años de instituto, no había lugar para los matices: o se criticaba a la revolución y se era, por tanto, reaccionario, o bien se la defendía a ultranza. Ése era el modelo social por el que luchar, y no hacía falta mirar el patio trasero del sueño revolucionario para contrastar la información. Sólo había que creérselo, y ya.

¿Y qué encontraste cuando pudiste ver Cuba con tus ojos?

Pues ante todo comprobé que ninguna revolución puede triunfar si no cruza el umbral de los hogares. Que la revolución cubana es, como ha dicho Ileana Fuentes, un machismo de estado y todos sus símbolos así lo demuestran; que la sociedad es un cuerpo poliédrico, y si no integras a todos sus miembros, sino que los anulas, no se puede avanzar hacia los presupuestos que durante décadas la revolución cubana ha preconizado.

Y respecto a la mujer, ¿qué te llamó más la atención?

Pues la triple o cuádruple carga que debe llevar. En este nuevo paisaje socioeconómico del país, son las mujeres quienes están soportando en mayor medida las consecuencias de la crisis. Huelga decir que lo que yo pude comprobar en la isla dista mucho de esa simplificación ramplona y cicatera en que la opinión pública internacional ha instalado a las mujeres cubanas. Sólo unos años han bastado para que su imagen, gracias a muchos medios de comunicación, sea la de la mujer que oferta alegremente su cuerpo por unos blúmeres o una cena. Y no hablo de personas inmaduras o de escaso nivel educativo. Durante el proceso de mi trabajo me encontré con uno de mis profesores, y al explicarle que estaba preparando un libro sobre las mujeres en Cuba, me comentó tranquilamente: ah, claro, las jineteras. Pocos ignoran qué es una jinetera, pero ¿quién conoce que la primera mujer que realizó un trasplante neurológico fue la doctora cubana Hilda Molina?

¿Qué experiencias has tenido cuando presentaste el libro en España?

Pues me he encontrado con un dogmatismo absoluto del progresismo, un progresismo hoy obsoleto. Para estos «seudoizquierdosos», Cuba sigue siendo la perita

en dulce, pues no se han adaptado a que ese sueño se rompió, que ese mito es hoy insostenible. Son además señores que en muchos casos nunca han estado en Cuba y tienen un coche, una casa adosada y una tarjeta de crédito. En Barcelona, el dueño de una librería me vetó el libro por «contrarrevolucionario». Y para que veas la demagogia y la hipocresía de estos «progres», ese señor está casado con una mulatita cubana treinta años más joven que él.

EN MIAMI

ENTREVISTA A MARIO VARGAS LLOSA
«El mundo parece resignado a esperar que Castro se muera»

WILFREDO CANCIO ISLA, Miami

Miami era una escala obligada para Mario Vargas Llosa en la breve gira norteamericana para presentar su más reciente novela, *La fiesta del Chivo* (Alfaguara Internacional, 2000), un extenso relato que repasa los treinta años del régimen tiránico de Rafael Leonidas Trujillo en la República Dominicana.

El mercado de lectores en español del sur de la Florida se ha disparado en proporción con el torrente migratorio latinoamericano —especialmente cubano— que en la última década ha cambiado el rostro y las proporciones demográficas de la ciudad. Pero Miami no sólo ostenta ya estadísticas de gran metrópoli. Es también el escenario de la diversidad latinoamericana, donde conviven y reproducen sus tradiciones culturales peruanos y guatemaltecos, cubanos y dominicanos, nicaragüenses y colombianos, venezolanos y puertorriqueños... Un gigantesco mosaico multiétnico que en la arrancada del siglo XXI se perfila como emergente capital de las Américas, a pesar de los pesares.

Y donde —por esas mismas razones— la terrible historia de caudillismo tropical que recrea *La fiesta del Chivo* es referencia cercana y herida abierta en buena parte de la comunidad hispana. «Presentar aquí la novela es hacerlo dentro de un microcosmos de América Latina», confesó Vargas Llosa, de 64 años. «Al mismo tiempo, hay una comunidad cubana muy amplia y especialmente sensible al tema de la dictadura, el autoritarismo y la brutalidad convertida en institución política».

Cuba, sus desgarramientos presentes, el papel de sus intelectuales, la inercia de la comunidad internacional y la hipocresía de la izquierda ante el régimen de Fidel Castro, marcaron el tono de esta conversación con el célebre autor de *La guerra del fin del mundo* a su paso por Miami el pasado septiembre.

¿Cómo usted valora la actual situación de Cuba en el contexto internacional? ¿A qué atribuye la pasividad y hasta la deferencia que le profesan ciertos gobiernos democráticos al régimen de La Habana?

Desgraciadamente pasa con Cuba algo muy triste: hay una comunidad internacional que parece haberse resignado a la existencia de la dictadura cubana, que hoy ya ostenta el triste privilegio de ser la más larga en la historia del continente. La

comunidad internacional parece dispuesta a aceptar que esa dictadura terminará con la muerte de Fidel Castro, pues prácticamente no existe hoy una presión sobre el régimen como la que hubo años atrás, salvo la que ejercen algunos grupos muy heroicos dentro y fuera de Cuba, pero que no cuentan con el respaldo que debieran tener de los países democráticos. Hasta hemos visto recientemente al presidente de Estados Unidos, William Clinton, dándose la mano con Fidel Castro. Puede ser una casualidad, pero es también todo un símbolo de resignación, de aceptación de la comunidad democrática de una dictadura que, justamente por haber llevado al país a una situación crítica, ya no representa el peligro que se pensaba hace unos años. Ese cansancio favorece a los designios de Castro. Y lo veo con mucha pena, pues da la impresión de que todo el mundo parece resignado a esperar que Castro se muera para que la isla se sacuda de la dictadura que padece.

Por largos años los movimientos de izquierda latinoamericanos —muchos de ellos incitados y hasta financiados desde La Habana— representaron un baluarte de la defensa del régimen cubano en la arena internacional. Hoy evidentemente las circunstancias han cambiado, pero aún la influencia castrista es capaz de movilizar a admiradores latinoamericanos y europeos, incluyendo a los llamados «militantes de la izquierda festiva»...

Sí, hay grupitos de la izquierda que todavía defienden a Fidel Castro, pero son muy pequeños e insignificantes. Hay una izquierda que se siente como incómoda y avergonzada de identificarse con una dictadura tan prolongada, que ha llevado a Cuba a una situación de empobrecimiento y marginación. Lo que es muy difícil a estas alturas es encontrar una izquierda que trate de ganar votos presentando a Cuba como modelo. La izquierda con una actitud típica no habla del tema cubano, mira a otros lados y se refiere a otros temas. Ni siquiera menciona ya el caso de Cuba; lo que hace es atacar a quienes todavía mantenemos una actitud crítica activa contra Castro. Pero no se atreven a defenderlo. Pero, ¿quién se atreve a defender hoy en día a Fidel Castro? Habría que ser políticamente un suicida.

Como hizo recientemente ante el plenario de Naciones Unidas, Castro se autopromulga como luchador incansable contra la pobreza. ¿No cree que esa imagen continúa cautivando a sus seguidores alrededor del mundo?

Bueno, si alguien puede hablar de pobreza en este mundo es Castro, pues ningún gobernante ha empobrecido tanto a su propio pueblo como él en los 42 años que lleva en el poder. Es decir, puede hablar con absoluto conocimiento de causa...

Usted fue uno de los intelectuales latinoamericanos que brindó desde el comienzo un entusiasta respaldo a la Revolución cubana, hasta que sobrevino la ruptura por el «caso Padilla», en 1971. ¿Cómo usted siente a nivel personal el proceso cubano de las últimas cuatro décadas?

Tengo mucho cariño hacia Cuba y muchos amigos cubanos, de manera que el caso cubano lo vivo hace 42 años muy de cerca y muy de adentro. Para mí, como para muchos latinoamericanos, Cuba representó una esperanza extraordinaria y luego vino la terrible decepción que ha ido acrecentándose con el tiempo. Es un caso que ningún latinoamericano podría dejar de sentir como propio, pues lo que ha ocurrido en la isla ha tenido una tremenda repercusión en nuestro continente y ha marcado, en un sentido u otro, el rumbo de nuestras sociedades y nuestras vidas.

La ciudad interior

AMIR VALLE, La Habana

Centro Habana no es una ciudad y lo es. Un mundo distinto repta entre sus calles enlodadas de mierda humana, estiércol animal, aguas albañales y escombros. Es una ciudad que se derrumba y nace de sus cenizas mojadas: Ave Fénix que da a la otra Habana el toque de resistencia contra la adversidad y la miseria del hombre que toda gran urbe debe tener. Es una ciudad interior con leyes turbias, grises, como turbias y grises son las vidas de sus habitantes, latiendo con un ritmo distinto a las de quienes disfrutaban de la luminosa modernidad corrupta de los barrios para extranjeros y embajadores en Miramar y Playa; distinto a la de quienes pasean y aman y sufren bajo el contraste de un casco histórico renovado al estilo de las viejas con coloretos para encanto del turismo y desencanto de quienes deben abandonar lo que fueron sus casas y costumbres y recuerdos por más de cuarenta años para irse a mutilar sus vidas en los palomares rusos del reparto Alamar; distinto, incluso, a la marinera vida de Regla y Casablanca; a la ancestral monotonía de Guanabacoa; a la orientalidad creciente del Cotorro y San José de las Lajas, cada día más cargadas de emigrados de las provincias que descubriera Colón.

Cuando llegué a Centro Habana ya había vivido en el Cotorro, Luyanó, Arroyo Naranjo y el Vedado. Cayo Hueso, el mismo lugar por donde deambulaba José Martí, un siglo atrás; el barrio de las siniestras canteras de San Lázaro donde tanto preso perdió la vida picando piedras; el espacio vital donde el obispo de Espada creara el primer cementerio en la antigua Habana, era un universo raro, marginal, siempre abierto a la especulación, la bolsa negra, el bajo mundo y la nocturnidad podrida, como sigue siéndolo hoy, aunque ahora mi azotea se encuentre más cerca del mar, en el barrio de Dragones, a unos escasos pasos de Colón, el famoso barrio de las putas de tiempos de Meyer Lansky y Lucky Luciano.

En el edificio Arbos habían matado a un guardaespaldas del capo norteamericano Meyer Lansky, luego de una borrachera prodigiosa y escandalosa, allá por 1957. Estaba acostado con una de las más conocidas prostitutas de La Habana: Cacha La China, un prodigio de la raza amarilla dotada con las formas de las mulatas cubanas y la experiencia ancestral asiática en las artes del sexo. Lo descubrieron a la mañana siguiente con el miembro cercenado. A Cacha le habían cortado los senos. Se desangraron. El olor a marihuana llenaba toda la habitación de la tercera planta de aquel edificio para putas y gente pobre. La policía llegó a eso de las diez y un perro gris y anémico dejó la posible pista tras el olor excitante de una perrilla faldera en la planta baja. Cuando el manipulador tiró de la correa para que siguiera buscando, se echó en el piso y comenzó a aullar bajito, como si mascullara una protesta. Todo el barrio de Cayo Hueso comentó el suceso y la prensa lo reflejó con grandes alaridos sensacionalistas.

En 1994, justo el mismo año en que me mudé para aquel sitio, en el sexto piso del viejo edificio de ocho plantas, construido en la década del 20, aparecieron cuatro

mueertos: un extranjero, español según las señas de los vecinos, un negrito homosexual conocido como Juana Picadillo y dos jineteras. Habían pasado toda la noche en una orgía terrible y los gritos de la cópula se mezclaban con la algarabía musical de mi vecino, acostumbrado a escuchar hasta altas horas de la noche rancheras mexicanas cantadas por Los Tigres del Norte.

A las dos de la mañana se escucharon los disparos. Poco después llegó la policía. La puerta de la habitación estaba abierta y adentro los muertos: Juana Picadillo con dos balazos en el pecho, una de las muchachas con la cabeza destrozada por un tiro y la otra, de nalgas a la puerta, con un agujero en la espalda, la boca todavía sobre la verga del españolito, a quien también habían disparado a la cara. Todos desnudos. La policía los cubrió con sábanas y los retiró del edificio a eso de las cuatro. Cuando amaneció, ya no había rastro de policía ni de perros, que también habían dejado la pista esta vez tras una poodle coqueta de la segunda planta. Todo el barrio de Cayo Hueso comentó durante varios días el suceso. La policía nunca más volvió y no se publicó ni una sola nota en los periódicos.

¿Los cambios?: Donde hubo un edificio que tuvo la desgracia, años y salitre y lluvia mediante, de convertirse en escombros, hoy se levanta un hotel para turistas. En la esquina en que había un parque con bancos y árboles, ahora hay quioscos para vender menudencias chucherías en dólares. Donde antes había tiendas para mirar en los paseos de la gente pobre, con mercancías que muy pocos podían comprar, reconstruyen e inauguran hoy grandes *shoppings* en las que aún muy pocos pueden comprar. Allí, donde se alzaba una bodega hermosa y surtida, ahora hay otra, en moneda nacional, con artículos de alta demanda popular, según un cartel en la vidriera: pueden comprarse artículos de santería, flores plásticas, ropas usadas, cruces y osarios, herrajes y otras mercancías de baja calidad a precios realmente altos para el salario medio.

Centro Habana, entonces, es esa ciudad interior donde el ciclo de la marginalidad nunca termina y gira y gira con el mismo aliento en Los Sitios, Dragones, Colón, Cayo Hueso y otros barrios al mismísimo centro de la capital del país. Es el terreno preciso para que reine la prostitución y el bajo mundo que ha traído el turismo a la isla, a pesar de las calles llenas de policías siempre traídos de Oriente. Fue el escenario donde descubrí que se podría escribir un libro donde los dueños de la noche centrohabanera contarán el triste destino de sus vidas en el lenguaje puro y sin tabúes ni compromisos sociales ni políticos de su día a día. De ahí salió mi libro *Habana Babilonia* o *Prostitutas en Cuba*, que fuera despojado del premio Casa de las Américas de Testimonio porque mostraba una realidad que no debía ser develada; de ahí salió la *Trilogía sucia de La Habana*, *El rey de La Habana* o, más recientemente, *Animal Tropical*, novelas de realismo sucio marginal que hoy dan la vuelta al mundo escritas por Pedro Juan Gutiérrez, cuyo balcón de su edificio en Perseverancia y San Lázaro observo nitidamente desde mi azotea en la calle Perseverancia, entre Ánimas y Virtudes, comparando ese mismo universo vivencial donde abunda la gente que ama, sufre, lucha y sobrevive, pese a la mierda de las calles, el estiércol de los perros, la basura acumulada y podrida en las esquinas, las aguas albañales empozándose en los baches de las calles y pese a la penuria de quienes se empeñan en realizar sus sueños humanos, personales y profesionales en una ciudad que cada día piensa menos en ellos.

Viviendo una engañosa transición

VICENTE ECHERRI, Guttenberg, N.J.

Las reflexiones en torno al postcastrismo se han ido haciendo viejas. Diez años después del desplome del llamado «mundo socialista», la aparente inevitabilidad de que ocurriera un cambio en Cuba —es decir un cambio que significara el final de la dictadura de Fidel Castro y el regreso del país al orden institucional de la democracia y al sistema de mercado—, los posibles escenarios que sucederían a ese cambio y las contribuciones que diferentes organizaciones, entidades e individuos, preferentemente del exilio cubano, podrían hacer son responsables de numerosos trabajos —ensayos comparativos sobre otras transiciones políticas, planes económicos, proyectos institucionales etc.— que, de juntarse, representarían unos cuantos volúmenes.

Muchos de estos trabajos, aunque no podría decirse que hayan caducado, se están poniendo rancios frente a la inamovilidad del castrismo y, paradójicamente, a las alteraciones y mutaciones que se han producido en la sociedad cubana, dentro y fuera de Cuba, a lo largo de los últimos años. La dolarización de la economía, inducida por las propias necesidades de la dictadura con la consiguiente erosión ideológica y el resurgimiento de un rudimentario capitalismo—, la proliferación de la disidencia interna y la creciente pluralidad del exilio son algunas de las variantes que obligan a un continuo replanteo de la cuestión cubana, frente al trasfondo inalterable del problema dado por la tozuda supervivencia de Castro.

Esa supervivencia, a contrapelo de la mayoría de los pronósticos que empezaran a hacerse a raíz del colapso del comunismo en Europa, ha sido también fuente de legitimidad para el precario régimen cubano —que ha aumentado su presencia en los foros internacionales y ha obtenido un mayor reconocimiento de parte de gobiernos e instituciones al tiempo que reafirma su adhesión a un modelo económico y social fracasado. El haber sabido conservar el poder durante 42 años es un capital real —el único con que cuenta el castrismo en medio de un impresionante repertorio de fiascos— para mantener la vigencia y la viabilidad operativa en los cambios inevitables.

Frente a esa estrategia, que va rindiendo algunos frutos al tiempo que desacredita muchas de nuestras expectativas, el llamado exilio cubano parece resignado a esperar —limitándose a emitir algunas opiniones, a respaldar con algún entusiasmo a la disidencia interna y a cabildear con discreción— mientras se torna un cuerpo cada vez más poroso en que se reproduce la sociedad cubana de la isla, sin que falten los vicios más prominentes que se derivan de la devastadora gestión totalitaria: el cinismo, el medro, la doble moral y el escepticismo político. Los que presumen de pragmáticos llegan a celebrar esta creciente estandarización de la población cubana de ambas orillas, apostando a que, con la desaparición de los más viejos, el legítimo rencor irá dando lugar a la avenencia cómoda, y la «transición» ocurrirá tan naturalmente que ni siquiera nos daremos cuenta. Se trata de una suerte de pendiente lodosa por donde todos o casi todos los cubanos terminaremos deslizándonos.

Por supuesto, por esa pendiente también llegaremos a la democracia —si por democracia se entiende un sistema pluripartidista— y al capitalismo que, de hecho, ya retoña por las grietas de la arruinada fábrica socialista; pero, casi inevitablemente, esa democracia estará minada por la corrupción —cual nunca antes en nuestra historia— y ese capitalismo será despiadadamente cruel con las más pobres, acentuando las amplias capas de marginación que ha generado la acción política y económica de la dictadura.

Ante ese designio, que la consolidación de los cuadros dirigentes del estado cubano actual garantiza, con la anuencia de gobiernos y empresas extranjeras y la virtual indiferencia o resignación de la mayoría de los cubanos, de dentro y fuera, cualquier empeño de auténtica reconstrucción nacional —que conlleve sanciones morales y penales, restitución de bienes y derechos así como rescate de tradiciones y valores abandonados por la mayoría de los ciudadanos en esta larga etapa de miseria y opresión— parecería condenado a ese vasto archivo donde ya han empezado a envejecer toda una variedad de proyectos nobles que no contaban, para su ejecución, con más recursos que los buenos deseos, la acción política de terceros desinteresados y el puro azar.

El postcastrismo ya lo estamos viviendo —aunque Castro esté vivo— o, al menos, ya tenemos algunos adelantos, y es realmente desolador. Confieso que empiezo a echar de menos los tiempos del enfrentamiento ideológico, cuando una rencorosa pasión nos sostenía.

LA CHISTERA
VARELA



Desde Viena

MARÍA ELENA BLANCO, Viena

Gemütlichkeit es tal vez la palabra que mejor define lo esencial del ser austríaco tal como éste se concibe a sí mismo en el fondo de su inconsciente colectivo. Es, sin duda, una expresión difícil de traducir en sus múltiples y a veces desconcertantes matices. Se trata, primeramente, de cierto talante del ánimo y del entorno, o más bien de una feliz conjunción de ambas disposiciones: un sentimiento de relajado bienestar, de estar a sus anchas y en su salsa en un ambiente cómodamente acogedor, desinhibido y seguro. Tal talante se presta por una parte a la sociabilidad expansiva y por otra a una instintiva tendencia a dejarse estar, sin prisas o estrés, con una alternancia de altibajos proporcionales al volumen ingerido de comida y bebida (léase, principalmente grasas y alcohol) y al tempo requerido por el respectivo proceso metabólico. El temperamento correspondiente vendría a ser el de un individuo bonachón, gozador y gregario que prefiere ver el lado rosa de la vida. El lugar por excelencia en que prospera y brilla esta aspectación astral es el Heuriger: taberna suburbana para el expendio del embriagante mosto extraído de las viñas del traspatio, a la vera de los bosques de Viena.

Esta sociedad tan comodona se había acostumbrado, a lo largo de varios lustros, a un Estado concomitantemente amable que, a la vez que hacía la vista gorda —nadie es perfecto— respecto de ciertos pecadillos, celebraba el multiculturalismo y protegía causas casi huérfanas hoy como la creatividad no institucional, los derechos de los inquilinos y las iniciativas minoritarias o en pequeña escala, además de subvencionar generosamente las grandes instituciones nacionales: la Cultura y la Agricultura y —evocando a nuestro Darío— el Arte y el *Sport*.

Pero resulta que durante esos plácidos lustros entró a meter baza un factor latente, derivado de aquella alegre disposición, que fue minando entre otras cosas la solidaridad estatal: la tranquilidad se convirtió en desidia, la parsimonia degeneró en inercia, la sociabilidad en indiferencia o, peor, en hipocresía. Por un lado cundía la complacencia, por otro la ambición; a unos les sobraba el poder y no hallaban qué hacer con él, otros lo venían codiciando de lejos —o de cerca— con mal disimulada fruición o alevosía. Al mismo tiempo, en otros corros, mostraba su veta más exacerbada una de las caras de aquel típico genio: el estar en su salsa, para algunos, pasaba a excluir todo ingrediente extraño; el sentirse seguro exigía con creces equiparar la nacionalidad a los vetustos usos del terruño y —más peligrosamente aún— al fanatismo de la etnia, cuyos códigos no podían sino estar vedados incluso al parroquiano apenas más híbrido o más cosmopolita. En fin, que contrariamente a lo que cabía esperar —¡oh decepción!—, la famosa *Gemütlichkeit*, con su arraigado sentido de comfortable intimidad y sociabilidad, no daba pie a ninguna esperanza de solidaridad entre sus titulares ni de éstos para con sus cohabitantes; antes bien, inducía a abrigar la incómoda sospecha de que, llevada a indeseables extremos, podría incubar un monstruo.

La actual coalición gubernamental imperante en Austria y las reacciones que frente a ella han tenido los diversos sectores de la población reflejan esas contradicciones de la idiosincracia nacional, así como la división y el desasosiego que aquejan hoy a la sociedad de esta república centroeuropea. No es la democracia —todavía— lo que se ha puesto en entredicho (aunque sí, potencialmente, en peligro); es el alma de este país y de sus ciudadanos, como insinúa el verso final de un poema de la escritora austríaca Daniela Beuren, leído o más bien gritado con desesperación, ayer mismo, en un recital al aire libre en un parque de Viena: «Wer —oder Was— ist Österreich?» («¿Quién —o qué— es Austria?»).

Esa desesperación —la cara oculta del alegre y despreocupado estereotipo nacional— encarna ahora justamente el sentimiento de una parte de la población vienesa ante la pervivencia del régimen ÖVP-FPÖ y, por ende, ante el eventual levantamiento de las sanciones impuestas por la Unión Europea al gobierno federal de Austria. La comisión de la UE encargada de estudiar la situación reinante a raíz de esas sanciones adujo, como justificación complementaria de la tregua aconsejada, que dichas medidas habían generado ya en Austria sentimientos nacionalistas, sobre todo porque en algunos casos se habían interpretado erróneamente como sanciones dirigidas contra los ciudadanos austríacos.

Sin embargo, conviene disipar aquí todo malentendido y aclarar que el sector de la población que en Viena ha protestado pública y sonoramente, primero día tras día y luego todos los jueves, desde la entrada en funciones del nuevo gabinete es el que precisamente se opone con denuedo a tales «sentimientos nacionalistas» y el que aplaudió el enérgico veto de Europa a la potencial amenaza de una institucionalización, por vía de uno de los partidos integrantes del gobierno, de tendencias xenóforas que han de permanecer derrotadas para siempre. Y es ése el sector de la población que, en consecuencia, está desesperado por lo que considera una intempestiva clemencia de la UE para con la coalición transgresora. En cambio, muchos de los que se han sentido íntima e injustamente humillados por esas sanciones, aventando un larvado nacionalismo, son los que con toda probabilidad festejan ya, mirando confiados hacia otro lado, el lado rosa de la vida —dónde mejor que en un Heuriger—, el veredicto de los tres «hombres sabios».